siones fugaces de benevolencia que hemos sorprendido en los ojos de alguno, las cuales nos son queridas é importan para nosotros más, que las más expansivas demostraciones de amistad, y expresiones mudas de curiosidad y de deferencia que preferimos á las más enfáticas alabanzas. Y es porque estas expresiones son imposibles de disfrazar, y por tanto ciertísimamente sinceras.

**

De este estudio sobre las expresiones del semblante pueden recabarse (y muchos psicólogos han recabado) máximas y enseñanzas prácticas, que no carecen de utilidad en múltiples ocasiones. Y las que no son útiles, son siempre curiosas. ¿Queréis reconocer en qué disposición de ánimo se encuentra para con vosotros una persona? Al despediros de ella en su casa, cuando viene detrás para acompañaros hasta la puerta, volvéos rápidamente: no tendrá tiempo para recomponer su rostro, y descubriréis su ánimo. Está fundado este consejo en una observación que todos hemos hecho; y es, que solamente al mirar á una persona por detrás dejamente al mirar á una persona por detrás dejamente.

mos que nuestra fisonomía exprese libremente los sentimientos que ella nos inspira. Y no sólo esto, sino que como es indudable que no sometiendo los signos exteriores de un sentimiento al freno de la voluntad, sentimos con mayor viveza aquel sentimiento—es verdad asimismo que se pintan sobre nuestra cara, en tal caso, eiertas impresiones del ánimo, que estando frente á frente ni siquiera las experimentamos. Por esta razón las personas que tienen un amor propio excesivo, cuando pasean en grupo no quieren nunca ir delante, porque adivinan, sin verlo, la libre expresión del juicio de quien les sigue.

Otro consejo es el siguiente. Si queréis saber qué ha quedado en el ánimo de una persona, después de una discusión amarga y violenta que habéis tenido con ella la noche anterior, aun euando la discusión haya terminado en forma amistosa, procurad encontrarla de improviso, cara á cara, al volver una esquina. Si tiene algo en su corazón, tomará positivamente al veros una actitud forzada y exagerada de sorpresa, para esconder el primer sentimiento irresistible que vuestra presencia despierta; y bajo aquella sorpresa reconoceréis este sentimiento.

Así para saber si una conversación nuestra causa ó no á un amigo un disgusto que él no se atreve á confesar, no hay mejor cosa que estar atentos á los movimientos de su respiración. Si la conversación preocupa su ánimo, se olvidará, sin duda alguna, por un instante de respirar, ó respirará irregularmente; y tendrá necesidad, por consiguiente, para reponerse, de hacer una grande inspiración que le venderá. Y como la preocupación habrá paralizado también momentáneamente sus órganos salivales, la descubriréis en el esfuerzo que tendrá que hacer á seguida para la deglución: esfuerzo que solemos ocultar en tales ocasiones apretando la barba contra el pecho. Otro consejo ingenioso y muy exacto es el de no pasear con una persona cuando se presume que está en su ánimo el decirnos hipócritamente cosas mal intencionadas, puesto que la facilidad que al pasear se nos ofrece de esconder la cara ó de presentarla de perfil, procurando una salvaguardia á la impostura, incita más la impertinencia; las cuchilladas más pérfidas de la conversación las descargamos caminando al lado de la víctima. Balzac da un precepto muy interesante al joven poeta que quiere obtener un juicio sobre su poesía: «Léesela á un colega, le dice, y al terminar el último verso míralo á la cara: si ves que su músculo frontal se distiende ligeramente, poniéndose tersa y serena su frente, y sus ojos brillan con plácida benevolencia, echa tu joesía en un rincón: es señal de que es mala; tu amigo más íntimo se hubiese turbado si la poesía fuese verdaderamente bella.»

Otra prueba, que podría llamarse la prueba del pañuelo, la da un científico ilustre, fino observador psicológico, á quien todos conocen. Un día, por la calle, advirtió que había perdido el pañuelo: encontrábase delante de la casa de un antiguo amigo suyo de la infancia, riquísimo, que le había hecho en otras ocasiones demostraciones de afecto muy calurosas.

Subió, se presentó á él, le recibió con regocijo, y comenzó á exponer su petición, hablando vagamente, con acento triste, de una pérdida que había tenido y de una necesidad urgente en que se encontraba. De pronto el semblante del amigo presentó todos los caracteres fisiológicos que expresan una profunda angustia: elevación repentina de los extremos de las cejas, conformación de arrugas trasversales en la frente por efecto de la inclinación de los llamados músculos del dolor, y alargamiento de los ángulos de la boca, producido por los depressores anguli oris, una cara que daba compasión. El postulante cerró entonces su peroración diciendo:

—Necesito un pañuelo.—Fué una explosión de alegría: le dió un pañuelo bordado, quería darle dos; renovó los antiguos ofrecimientos de amistad, lo abrumó de finezas. Pero lo penetrante de la observación del sabio está en lo siguiente: "Yo llegué á persuadirme, dice él, que en caso de necesidad, no me hubiese dado ni un céntimo, no por su expresión de dolor, que sería desgraciadamente en casos semejantes la de casi todos, sino por el ímpetu de su alegría, que fué tal, que le hizo olvidarse de todo género de prudencia: esto fué verdaderamente el chispazo que iluminó los abismos de su... amistad. »

No puedo dejar de citar una última de estas observaciones, porque la creo de una utilidad incontrastable: se refiere á ciertas discusiones violentas académicas que surgen entre los amigos.

Es absurdo pretender que en un momento determinado de la discusión, reconociendo la sinrazón, os diga francamente vuestro contrincante:—Estoy equivocado. El orgullo le arrastrará más bien hasta la insolencia. A vosotros os toca ceder, y su semblante os dirá cuándo. Llega un momento en que advertís que moralmente habéis vencido. La expresión fisionómica de quien no discute por convicción, sino por amor propio, y se encuentra en una situación difícil, de la cual quisiera salir, es tan diferente, su estado de ánimo se revela tan claramente en una sombra de penosa vergüenza que colorea su fisonomía, —que no cabe dudar. Cortad entonces la discusión. Las mismas perso-

nas presentes han reconocido ya en el adversario los rasgos fisionómicos de la conciencia de la derrota, y lo dan á entender con una expresión involuntaria de cortés compasión. En un momento dado de una discusión, las palabras siguen batiéndose, mientras uno de los semblantes se ha rendido ya. Elegid este momento. Y tengo para mí que esta observación es la clave de una larga serie de otras observaciones que se podrían hacer sobre este asunto, y que darían á un psicólogo poderosa materia para un libro utilísimo.

Ciertamente hay diferencia notable entre individuo é individuo en esta facultad expresiva de los más tenues movimientos del ánimo y casi de la mente.

No hablo de las expresiones de los sentimientos violentos, que en todas las razas se asemejan, no existiendo diferencias relevantes mas que en la gesticulación. Pero está fuera de duda que el semblante de un torpe é ignorante oriental, para quien la vida no es mas que una soñolienta inercia del corazón y de la mente, no tiene una movilidad fisionómica comparable á la del europeo, el cual vive y desciende de generaciones que han vivido una vida flena de emociones nerviosas, de pequeñas y grandes luchas de amor propio, de excitaciones intelectuales y morales de todo género, que provocan un ejer-

cicio incesante de los músculos expresivos, y producen lentamente nuevas facultades y hábitos de expresión. Mas restringiéndonos á las diferencias que existen entre nosotros, nacen éstas de varias causas, y antes de todo, según nos enseñan los fisiólogos, de las diferencias que existen de individuo á individuo en la disposición de los músculos faciales, de donde se deriva una diversidad en sus funciones.

Nacen, parece superfluo indicarlo, de las diferencias de índole, de las diferencias de temperamento, de las diferencias de inteligencia y de educación moral y de vida. Pero, por lo que especialmente se refiere á los movimientos del semblante reveladores de sentimientos que quisiéramos ocultar, hay que hacer una consideración diferente. Están sujetos á ellos más que todos los que sienten viva y continuamente la aspiración á un ideal de dignidad y de nobleza, y á una perfecta armonía del parecer con el ser, que les fuerza á una repulsión constante de los sentimientos censurables. Son menos sensibles á tales movimientos aquellos á quienes un sentimiento de tristeza predominante en su naturaleza, ó de escéptico desprecio del mundo, ha hecho superiores á toda vana preocupación de amor propio. Hay muchos que tienen aptitud muy grande para sustraerse á estas revelaciones de la fisonomía, previendo de lejos y evitando con astucia los peligros; otros, en los que todos estos movimientos expresivos se pierden en la expresión natural y constantemente falsa y maligna de su cara; otros semblantes que lo esconden todo, porque no expresan nada; v no se podría describir mejor su rostro que con las palabras de un gran novelista inglés: «caras lisas y marmóreas, con ojos mates y sin expresión, sin profundidad donde sumergir la vista, y cuya mirada estúpida parece perderse en el espacio; fisonomías que podrían verse reproducidas en algunos retratos de Califfi, con ojos de ídolo, como las figuras que todavía se ven pintadas en algunas bóvedas de la Alhambra. " Son desconocidos, finalmente, todos estos juegos reveladores de la fisonomía en ciertas caras envidiables, espejos de almas privilegiadas, siempre radiantes de bondad, sobre las cuales no pasa jamás una sombra; que tienen ojos dulces y profundos, en los cuales se leen, por decirlo así, millares de pensamientos benévolos, y bocas dispuestas siempre á una expresión afectuosa, que no tienen necesidad de mentir nunca: caras semejantes á las aguas tranquilas que reflejan un cielo perpetuamente sonriente.

Entre todas éstas, luego, y es esta una observación que no debe omitirse, tienen una ventaja singular las caras con barba muy espesa, por-

que todos los movimientos de la boca, que revelan mil sentimientos íntimos, se quedan escondidos; gestos fugaces de los labios, contracciones, temblores, depresiones de los ángulos, todo se pierde en aquella floresta; y he aquí la razón de por qué el semblante de un amigo que imprevistamente se quita la barba, nos produce á veces una gran sorpresa: parece que se presenta otro hombre; iras que delata la presión de las mandíbulas, ademanes vanidosos de la boca, movimientos sensuales del músculo de la barba: cien secretos que se ponen al desnudo, como si se levantara la techumbre de una casa. Para el psicólogo, la barba es una media careta.

* *

Quedan aún por examinar los movimientos voluntarios del semblante, los cuales constituyen para nosotros una no menor esclavitud. En la vida social se puede decir que casi nunca somos dueños de nuestro rostro. El amor propio, la cortesía, nuestros mismos intereses, nos obligan casi de continuo á asumir expresiones de respeto, de tristeza, de placer, de solicitud, que no corresponden á nuestros sentimientos. Nuestra cara trabaja y se afana incesantemente por necesidad, tanto como cualquiera otra parte de nuestro cuerpo. Su misma expresión más natural es casi siempre un arte, y existen para el comercio social una serie de actitudes convencionales en el semblante, reconocidas por común consentimiento de todos como adecuadas para expresar ciertos sentimientos, lo mismo que existen fórmulas corteses en el lenguaje. Y el uso continuo de estas actitudes convenidas modifica poco á poco los lineamientos de tal manera, que se produce un gran número de caras artificiales, de semblantes postizos, en los que la ceremoniosa sonrisa, la mueca aduladora, la benevolencia y la admiración obligadas, se han fijado imborrablemente como un segundo cuño de la naturaleza. Y puede decirse que muchos deben á esta máscara viviente, á esta eterna sonrisa de calavera obsequiosa, su fortuna en el mundo. Unos con otros cambiamos constantemente estas expresiones del rostro, que constituyen una especie de galanteo fisionómico con que nos engañamos perpetuamente, sabiendo todos que nos engañamos. Es una comedia universal de máscaras trasparentes.

Y no sólo esto, sino que nos servimos de la facultad expresiva del semblante para mil otros fines que jamás nos atreveríamos á revelar. sas, muchas personas se insultan y se hieren con

pequeños movimientos premeditados de la boca y de los ojos, como sacando el labio inferior ó sonriendo con un dejo de escarnio—movimientos no del todo declarados para dar derecho á estimarlos como una ofensa, pero bastante expresivos sin embargo para penetrar hasta el corazón del adversario; así se desahogan incesantemente, en la sociedad de los hombres y de las

mujeres, una cantidad de rencores, de despre-

cios, de necesidades de venganza y de envidias,

á quienes el temor, la conveniencia ó el inte-

rés, impiden otro desahogo. Es una guerra de

semblantes, un asaetearse mudo y traicionero sin

defensa posible. Afortunadamente en estas, co-

mo en todas las demás manifestaciones involun-

tarias del rostro, hay una especie de acuerdo tá-

eito entre los hombres para fingir de tal modo,

que no se hace alto en ello. Existe una impu-

nidad convenida para el semblante, fundada en

que todos tenemos mil sentimientos que ocul-

tar, mil pensamientos que encubrir, y que uno

no podría arrancar á viva fuerza á otro, valién-

dose de los engaños de la fisonomía, sin darle á

él derecho para hacer otro tanto. Lo cual á nadie

convendría. Por esto seguimos adelante con la

farsa, sin gran perjuicio, porque todos estamos

en el secreto. Pero como se puede ver, el cam-

En conversaciones indiferentes ó casi amisto-

po de observación es ilimitado, y yo no puedo dar en él mas que un paso.

* *

Queda aún que hacer una observación última: considerar estas expresiones de la cara con respecto al arte (yo debo restringirme á un solo arte). Los fisiólogos-cito á Darwin entre otros-en el análisis y en la definición de los movimientos expresivos del rostro quisieran verse ayudados de los escritores, y no encuentran este auxilio que esperan. Lemoine, por ejemplo, deduce de este hecho un argumento para sostener la opinión de que el conocimiento de las distintas expresiones del semblante no es innato. Si el hombre-dice-poseyese un conocimiento innato de las expresiones de la cara, los escritores no habrían tenido tanta dificultad, como todos saben y ven, al describir, al imaginar los signos característicos de cada especial estado de ánimo. La refutación de este juicio, hecha ya por otros, es casi superflua. El hecho innegable de que no se encuentren en los escritores sino rarísimos ejemplos de las expresiones que Lemoine busca, se deriva de otras cosas. La primera es la insuficiencia de la lengua, y de toda lengua, para describir actitudes infinitamente variadas, cuyas diferencias las más de las veces apenas son visibles; la otra es que al escritor, siendo artista, le está vedado por las leyes de la conveniencia, de las proporciones y del gusto el acumular—lo que sería inevitable—excesivas particularidades analíticas y descriptivas para traducir revelaciones momentáneas del semblante, cuya imagen puede él muy bien hacer surgir en la mente del lector por medio de indicaciones accesorias,

No interrogando mas que á la memoria, es difícil, en efecto, hallar en los escritores frases y voces originales que inmediatamente sirvan para dar á conocer los movimientos expresivos de la cara. Enrique Heine tiene una nueva y poderosa con la cual define las sonrisas reprimidas por la perfidia: las compara á pequeñas sierpes que se retuercen en los ángulos de la boca sin dejar ver mas que la cola. Hay al final del Cura de Tours, de Balzac, una pincelada maravillosa: euando aquel cura malvado, ha hecho morir á alfilerazos, dulcemente, al pobre cura de Birotteau, termina el discurso—hipócritamente piadoso—que ha pronunciado sobre la hoya, se desliza en los bordes de sus labios la

insolencia feroz de una sonrisa, que cierra é ilumina con infernal resplandor toda la novela produciéndonos escalofríos.

Víctor Hugo, en el Homme qui rit, da muy bien idea de una expresión de duda, entre medrosa y pérfida (comunísima), que hace aquel personaje después de haber hablado gran rato con el jefe misterioso de los Compra-chicos, sin sacar nada inteligible: "hizo, dice, aquel acto expresivo que acerca á la nariz toda la parte inferior de la cara. "-Zola, en una de sus últimas novelas, además de otros muchos ejemplos, describe con tres rasgos vigorosísimos el aspecto de ciertos espectadores de Variétès al aparecer Venus en el escenario: los ojos serios, la nariz adelgazada, los labios apretados-y añade con exactitud fisiológica—la boca seca. Parini ha vencido muchas y graves dificultades. Es extremadamente gráfica, entre otras, la actitud que él aconseja al señor joven cuando se presente á la dama:

"Recoge á los lados un poco los labios; hacia su parte media házlos algo agudos, y de la boca, compendiada de tal modo, salga un imperceptible murmullo."

En una novela de González hay otro ejemplo notable. Una mujer, amenazada por otra, le grita:—¡Atrévete, valentona!—y diciendo esto, añade el novelista, alzó la cabeza, con los

64

ojos entreabiertos, en ademán provocador, y su labio levantado por un lado descubría su blanquísimo diente canino, frase en que se describe exactamente la particular actitud, semejante á la del perro furioso, en la que los darwinistas pretenden encontrar argumento en favor de la descendencia animal de la especie humana.

Hay en una novela de Dickens una descripción en que se ve el semblante de un hombre afligido y humillado por la suerte de un émulo suvo: "Tenía los párpados caídos, dice, y los labios y las mejillas le colgaban de la cara alargada; " que es precisamente el efecto del abatimiento, al poner laxos los músculos de la cara, abandonándose los labios y las mejillas á su propio peso. Otros ejemplos se podrían aducir, como aquel del acto de befa de los diablos en el canto vigésimo primero del Infierno, si bien la verdadera expresión de aquella opresión de la lengua entre los dientes se comprende mejor por las circunstancias que por el verso que la describe. Pero tales ejemplos son raros. Casi todos los escritores, cuando tienen que describir estas expresiones del rostro, recurren al mismo expediente: «Puso una cara-escribenque quería decir ó que parecía decir, "... y añaden lo que decia. O bien dan la imagen de aquella actitud expresiva definiendo exactamente el sentimiento que la causa. Un pequeño número de comunísimas frases, como-cruzó por sus ojos un relámpago, cruzó una nube por la frente - sirven para definir movimientos muy diversos y delicados del semblante.

LA EXPRESIÓN DEL ROSTRO HUMANO

Manzoni, tan fino y propio al describir, se ve forzado á decir brilló un rayo de malicia en su rostro, como se dice brilló un rayo de sol, que iluminó el valle, para indicar una expresión delicadísima de la cara del Conde, que es un reavivarse apenas perceptible de los ojos y un pequeño movimiento instantáneo de los músculos labiales. Las significaciones más delicadas de la fisonomía en suma se pierden deplorablemente á través de la palabra.

Ante ciertos aspectos de la rabia velada por una sonrisa, ante ciertos cómicos asombros de la necedad, ante algunas turbaciones amorosas del pudor, ante las mil muecas de la coquetería, ante las infinitas gracias de la infancia y el lenguaje mudo de las simpatías secretas que se adivinan y se enlazan; ante ciertas miradas tiernas y dulces de gratitud, ante ciertas sonrisas de piedad y de perdón, ante todo aquello, en una palabra, que se manifiesta, de más doloroso, de más bello, de más grande en el semblante del hombre, la pluma del artista cae y el artista se desespera. Y, sin embargo, en este movimiento general de la literatura hacia la observación y el análisis, es palpable en los escri-

tores la tendencia particular á traducir las expresiones del rostro, para significar más claramente los sentimientos y dar mayor relieve á los caracteres, valiéndose á su vez, como lo prueba la escuela naturalista, del resultado de las indagaciones de la ciencia. El progreso quizá llegue á ser mayor cuando algún literato encuentre nueva forma, con la cual, pudiendo sustraerse á ciertas leyes artísticas de las formas actuales, halle la observación psicológica un campo más vasto y más libre, y pueda valerse de un lenguaje literario y científico juntamente, ó bien, atractivo y exacto á la vez. Ciertamente, en este estudio de las expresiones del semblante, el psicólogo no tiene delante de sí los grandes problemas que se ofrecen al fisiólogo; mas también puede realizar una obra provechosa; provechosa para la literatura, para las artes plásticas, para todas las ciencias antropológicas. A más de que el estudio del lenguaje del rostro en verdad, siendo en gran parte, como hemos visto, un estudio de defectos y pequeñeces del espíritu humano, ofrece la gran ventaja que siempre se obtiene, poniendo al desnudo nuestras miserias. El analizarlas es el primer paso para librarse de ellas. Reconociendo en este análisis que por muchas que sean las debilidades que se descubran, todos las tenemos en gran número, nuestro orgullo se somete y aquieta no poco, persuadiéndonos cada vez más de esta gran verdad: que lo más necesario en el comercio social, el sostén indispensable de la amistad, el alimento vital de todos los afectos, depende de la reciprocidad de una inmensa indulgencia.

Algo de esta indulgencia invoco de parte vuestra, señores, sino en consideración al orador, por el objeto, al menos, de esta conferencia. Si el óptimo conciudadano que hemos perdido pudiese revivir un momento, y veros aquí en tan gran número y tan benévolamente dispuestos, extendería para bendeciros, aquella mano, con la que pocos minutos antes de morir, intentó inútilmente escribir sobre un pedazo de papel:—"Os recomiendo á mis hijos."

